

# Cómo leer a Isaiah Berlin, un pensador de nuestro tiempo

♦  
SARA SEFCHOVICH

## *Un pensador original*

Durante su larga vida, Isaiah Berlin se dedicó a estudiar la historia intelectual de Occidente, convencido de que con este conocimiento podría responder a las preguntas esenciales de los seres humanos: quiénes somos, de dónde venimos, cómo hemos llegado a ser lo que somos y hacia dónde nos dirigimos. Su búsqueda fue filosófica e histórica: la voluntad, la libertad, la identidad humana y la dignidad; la manera y el grado en que éstos pueden ser denigrados y ofendidos y sus límites. La originalidad de este autor consistió en afirmar lo que ahora es ya un lugar común: que las ideas tienen una influencia decisiva sobre la conducta social: marcan, definen y cambian el rumbo de la historia, no son inocentes, tienen poder, las vidas de las personas dependen de ellas, son una gran fuerza para bien o para mal.

Dentro del campo tan vasto de las ideas, Berlin elige un camino obtuso: en lugar de analizar a los pensadores conocidos y a las grandes corrientes dominantes y unitarias del pensamiento, busca en la oposición y en los rincones oscuros y olvidados, las voces disidentes y las ideas a contracorriente de cada tiempo histórico. Le interesan los que subvierten las opiniones aceptadas, los que cuestionan la sabiduría convencional, los que se oponen, los que se niegan a aceptar el pensamiento predominante de su época. Sus mejores y más importantes trabajos tienen que ver con su búsqueda de autores en oposición a las ortodoxias reinantes: del pensamiento conservador en momentos de predominio progresista, de los pensadores pluralistas en momentos de predominio del monismo, de los pensadores contrarios a las tradiciones racionalistas en momentos en que la razón parecía triunfante. Además, hace

lecturas diferentes sobre ciertos pensadores conocidos que le parece han sido mal comprendidos.

Leer a Isaiah Berlin es un placer. Se trata de un ensayista espléndido que escribe con sencillez y claridad, absolutamente alérgico a cualquier oscuridad o complejidad, siempre pendiente del uso que se da a los conceptos, y tremendamente riguroso en el trabajo de investigación y de interpretación, para lo cual insiste por una parte en el escrutinio constante de nuestras preguntas de partida y de nuestros criterios de trabajo y por otra en no tragarse entero a ningún autor o doctrina, en no aceptar leyes generales, soluciones universales ni principios explicativos totales, en no aplicar con facilidad modelos, no aceptar certezas y no dar a la ligera opiniones.

## *Unas ideas abiertas*

Berlin no escribió libros (tenía fama de tampoco leerlos y de todos modos saber todo lo que en ellos estaba escrito). Los que conocemos son recopilaciones de artículos y conferencias reunidas por uno de sus discípulos (su otra fama era la de hablar mucho y a gran velocidad —cuatrocientas palabras por minuto—). Voy a resumir lo que me parece lo esencial de su pensamiento:

1. La negativa a aceptar que la verdad es una sola, eterna e indivisible y la misma para todos los hombres, en toda época y todo lugar. Esta idea constituye la médula del pensamiento occidental desde Platón hasta nuestros días y ha sido sostenida por la filosofía, por las religiones e iglesias y por la ciencia y según ella, todas las preguntas concebibles tienen una sola respuesta verdadera mientras que las demás no

lo pueden ser. Berlin en cambio sostiene que las verdades son muchas y que todas pueden ser correctas incluso si son incompatibles entre sí.

2. La negativa a aceptar que hay valores universales y absolutos porque lo mismo que las verdades, éstos dependen de las distintas sociedades, historias, geografías y culturas. Berlin está convencido de que la incompatibilidad y el conflicto —incluso el choque— de ciertos valores no significa que unos sean verdaderos o mejores que otros sino que todos ellos pueden ser igualmente centrales e importantes e igualmente ciertos. Pero además, los valores cambian continuamente porque cambian las condiciones que les dieron origen. En esas transformaciones, unos se modifican, otros se crean y otros desaparecen por completo, aunque nunca se hacen del todo ininteligibles para las generaciones posteriores o para otras sociedades por el hecho de que responden a lo esencial que necesita el ser humano para vivir.

3. La negativa a aceptar que todos los seres humanos persigan las mismas metas. Cada cultura, cada época, tiene sus propios objetivos que tienen que ver con sus propias condiciones de vida, con sus orígenes y su pasado, con los avances materiales y culturales.

4. La negativa a aceptar que haya una esencia inmutable en la naturaleza humana. La naturaleza humana es resultado de la interacción de los hombres con los hombres, colectiva e individualmente, así como con su propio pasado, con otras culturas y con su medio físico. Como esta interacción ocurre de manera desordenada y como además nunca deja de modificarse, debido a que la historia es un proceso continuo de aprendizaje y autocorrección colectivos, entonces no se puede hablar de una naturaleza humana esencial.

5. Si reconocemos que la naturaleza humana es resultado de la interacción de los hombres con los hombres eso significa reconocer que los humanos sólo pueden realizarse a sí mismos cuando pertenecen a un grupo con su propia cultura, costumbres, modos de ser y memorias, cultura en la que se sienten bien, con la que están familiarizados y en la que reconocen sus signos, símbolos, gestos y significados.

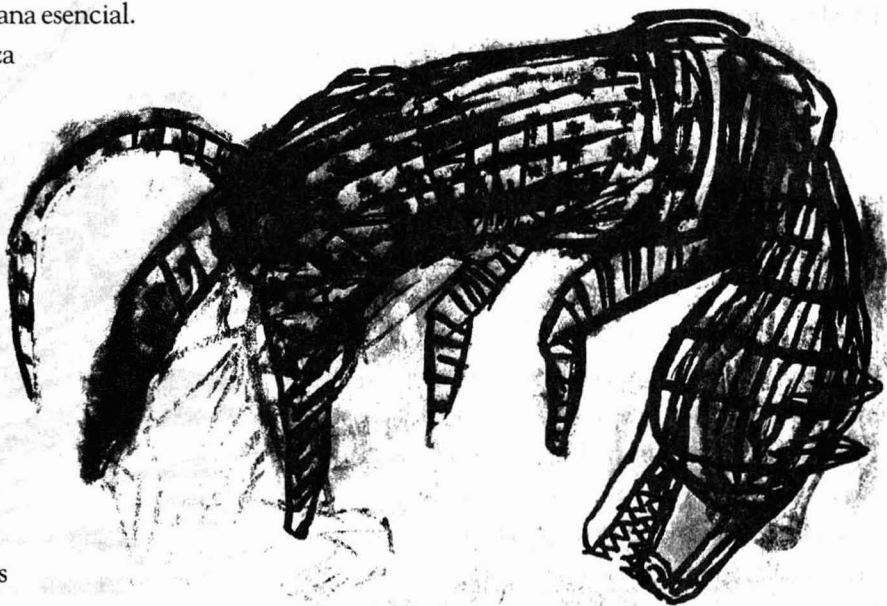
6. Y eso significa la necesidad de reconocer la existencia de otras culturas y otras sociedades, cada una de las cuales tiene sus necesidades y sus fines, su pro-

pia visión de la realidad, de sí misma y del mundo en el que vive, de sus vínculos con el pasado y con la naturaleza, lo que se expresa en verdades, valores y metas, modos de ser y costumbres diferentes que encarnan en cada uno de sus miembros, en sus palabras, sus modos de vida, sus miedos, las canciones que cantan, los dioses que adoran, las comidas que comen.

7. Y significa reconocer que las diferencias éticas y culturales de la humanidad son inevitables en la medida en que son resultado precisamente del juego entre la vida interior, el medio ambiente y la experiencia histórica. En esta medida la variedad cultural en el mundo es potencialmente infinita.

8. La necesidad de reconocer que las verdades, valores y metas diferentes a las propias deben aceptarse como son —aunque se opongan a las mías y choquen con ellas— y no como desviaciones corregibles. De modo que debemos: *a.* aceptar estas diferencias no sólo por su inevitabilidad, sino con la convicción de que la irreductible variedad de la experiencia y la expresión humana es importante y sobre todo necesaria y *b.* entender que nada de eso significa que unas culturas o unos valores sean mejores y otros peores, unas más avanzadas y otras primitivas sino que todos los valores y todas las culturas son igualmente válidas a pesar de que sean diferentes y a pesar de que en muchos casos ellas choquen o se contrapongan a las verdades, valores y metas de otras culturas y sociedades.

9. Sin embargo, en todas estas negativas no hay de parte de Berlin relativismo alguno, porque reconoce la existencia de ciertas ideas y valores comunes a todas las



sociedades humanas que tienen que ver con lo mínimo y esencial que necesita el ser humano para su sobrevivencia. Así pues todos los seres humanos, no importa de dónde ni de cuándo, tienen ciertas necesidades básicas: de alimento, resguardo y seguridad, procreación, de cierto tipo de intercambio social, medios para expresarse y un cierto grado de libertad y justicia que hacen que algunos valores sean universales. Pero además todos los seres humanos tienen una idea del bien y del mal, de la verdad y el error, de la virtud y el vicio, de modo que, a pesar de las diferencias culturales e individuales, existe una base común de valores que todos compartimos por el hecho de que las sociedades están compuestas por humanos y aquello que hace de los hombres seres humanos está en ellos: hay un mundo de valores objetivos basado en un mínimo que si faltara, no permitiría que las sociedades sobrevivan.

10. Cada quien tiene derecho a su propia escala de valores y nadie tiene derecho a suponer que los demás deben someterse a la suya. Los humanos deben y pueden vivir según ideales distintos y nadie debe imponer los suyos al otro.

11. La necesidad de reconocer que los seres humanos tienen una naturaleza libre y creadora y un sentido de la dignidad y la justicia. La libertad es una de las necesidades básicas de los humanos, afirma Berlin, como lo es el derecho a elegir aunque sea dentro de los marcos estrechos en que es posible hacerlo. Al negarse a todo determinismo, este pensador recupera el sentido de las palabras libertad, responsabilidad y moral: nadie puede asegurar a los hombres el respeto a sus valores sagrados salvo su propio esfuerzo incesante. Para ello cada quien debe ser su propio amo y nadie puede erigirse en el guía o el jefe de los demás.

12. La necesidad de reconocer que la aceptación del pluralismo cultural, ético y axiológico, provoca conflictos inevitables porque significa la coexistencia de valores que son en sí contradictorios. Así la absoluta libertad de los lobos es la muerte para los corderos, la planeación es incompatible con la espontaneidad, la compasión con la justicia. Cuando esto sucede y los valores o bienes supremos entran en conflicto es necesario encontrar un equilibrio que permita, sin suprimir las diferencias, establecer un espacio para que todos sobrevivan. La vida humana, afirma Berlin, consiste precisamente en esa tensión permanente entre cosas mutuamente excluyentes que obligan a los humanos a elegir y a aceptar la pérdida de lo que no se eligió. La síntesis no es posible y tampoco es deseable intentarla, pero lo que sí es

necesario es buscar el compromiso entre valores incompatibles, con formas para suavizar los choques, cuya finalidad sea evitar los extremos del sufrimiento.

13. Esto último es fundamental: no hay ninguna razón ni argumento ni promesa para el mañana que justifique infligir sufrimientos a los demás. ¿En nombre de qué han de ser los hombres y las mujeres sometidos a las tiranías y destruidos y las sociedades esclavizadas?

14. La negativa a aceptar la fe ciega en la razón, característica del pensamiento occidental sobre todo a partir de la Ilustración y hasta el positivismo. Berlin es un racionalista pero como él mismo dice no excesivo, o como diría Pascal, ni excluye la razón ni admite sólo la razón.

15. La negativa a aceptar que la historia tenga un sentido y una finalidad y que la vida tenga un propósito. Ésta es otra de las ideas dominantes del pensamiento occidental desde los griegos hasta el Medievo y desde el Renacimiento hasta el siglo XIX que Berlin no acepta pues ve en la historia una mera sucesión de acontecimientos, un conjunto de causas y efectos que no es producto de ningún plan preconcebido. Los humanos en lo individual pueden tener propósitos pero no así la vida ni la historia, que es "una fábula llena de sonido y de furia que nada significa".



16. La negativa a aceptar la idea de progreso como motor de la historia y como su meta inevitable, entendido el progreso como un movimiento siempre hacia adelante que aunque tenga periodos de regresión termina por volver a meter a la historia en ese camino. Si esta idea estaba presente desde los inicios del pensamiento occidental, a raíz de los acelerados desarrollos científicos y tecnológicos del siglo XIX, se llegó a considerar al progreso como el objetivo y el sentido de la historia al que por lo demás se creía que valía la pena sacrificarle todo.

17. La negativa a aceptar a la utopía como desenlace final y feliz de la historia, según el cual las sociedades podrán alcanzar la perfección, la armonía, la justicia y hasta la felicidad. Para Berlin la utopía es imposible dado que no hay una senda única para la realización humana en la medida en que no hay una única verdad, meta o valores. Desde el paraíso que ofrecen las religiones hasta el comunismo como fin de la historia del que habla Marx, Berlin encuentra que todos éstos son puros "ejercicios de imaginación" que niegan las diferencias culturales y éticas de la humanidad. Pero además, esta imposibilidad no lo es sólo en la práctica sino incluso conceptualmente, pues llegar a una situación de ese tipo significa que la sociedad ya nunca cambiaría y que permanecería estática, ahistórica. Pero lo más grave del sueño utópico, dice Berlin, es su peligrosidad, pues nada hay más destructor de vidas humanas que la convicción fanática sobre la vida perfecta que afirma que lo deseable puede unirse en un todo armónico. Demasiados sacrificios y holocaustos se han hecho en nombre de este ideal porque algunos se han sentido autorizados a creer que ellos conocen el camino correcto y que están llamados a ser los guías de los demás y les ha parecido justo y deseable sacrificar a quienes no piensan como ellos en aras del supuesto bienestar de los otros o de un sueño del mañana. Para Berlin no hay absolutamente nada, ningún sueño o promesa que justifique el sacrificio y el sufrimiento de los humanos en nombre de ideas, verdades, valores, metas o utopías que se suponen universales, absolutas, eternas, únicas.

18. La negativa a aceptar los grandes sistemas filosóficos cerrados y completos que tienen respuestas para todas las preguntas y que conforman esquemas en los que todo cabe, todo es explicable, se ofrecen soluciones a todos los problemas y no queda ningún resquicio abierto a lo inesperado o a lo inexplicable. Berlin se niega a estas "filosofías del todo o nada" que le parecen "prisiones" y pone como ejemplos a Hegel y Marx con sus ideas de la inevitabilidad en la marcha de la historia y de la indisoluble unidad entre teoría y práctica y a Freud con el inconsciente como explicación com-

prensiva. A él le parece que cualquier ley general, solución universal o principio regulador, que cualquier idea omnicomprensiva y omniabarcante va en contra de la verdad de la historia pues ésta no es una autopista sin desviaciones sino que sus sendas son impredecibles.

19. La negativa a aceptar que para buscar las respuestas a las preguntas exista un solo método verdadero. Las cuestiones de hecho y las de valor son tan distintas que no puede haber un esquema que lo abarque todo. Y sin embargo, el desarrollo de la ciencia a partir del siglo XVIII hizo que también los filósofos desearan que sus preguntas tuvieran una sola respuesta verdadera —y que por tanto las demás no lo fueran— y que la ruta hacia esa respuesta verdadera tuviera etapas fijas. Se pensó que lo que valía para los minerales, plantas y animales debía valer también para los humanos y se llegó a la idea de aplicar los procedimientos para el estudio de la naturaleza a la filosofía o a la historia. Pero la búsqueda de certezas y de respuestas verdaderas y únicas en el campo de la conducta humana, la idea de que los hechos históricos pudieran ser datos que como en las ciencias permitan descubrir las leyes que gobiernan el proceso de la historia y la idea de que se pueden extraer conclusiones generales o formular soluciones universales en forma de leyes, no sólo le parece a Berlin inútil sino incluso peligrosa. Para él, la filosofía no nos puede proporcionar un conocimiento empírico:

Hay dos grandes clases de preguntas que sabemos cómo tratar con éxito: las empíricas, que implican una consideración de los hechos, y las formales, que implican relacionar una cosa con otra dentro de un sistema. Casi todas las preguntas y por lo tanto casi todo el conocimiento cae dentro de uno de estos recipientes. Pero no es así con los temas filosóficos. La señal casi distintiva de una pregunta filosófica es que no cae en ninguno de tales recipientes... Uno no sabe qué hacer para encontrar la respuesta.

Precisamente las preguntas que parecen más simples, dice Berlin, son las que hacen referencia a los problemas sustantivos y puesto que no sabemos cómo responderlas y ni siquiera por dónde buscar, nos dejan perplejos. La línea metodológica que cree en la objetividad de las disciplinas sociales y humanas (y en la posibilidad de usar el método de observación, experimentación, verificación, deducción y generalización) no nos sirve, afirma Berlin, por el tipo de conocimiento que requieren los asuntos humanos y por las perplejidades que generan las preguntas morales.

20. La necesidad de reconocer que existe un método específico para la comprensión histórica. Éste consiste para Berlin en hacer un esfuerzo de imaginación para entender a las otras culturas y sociedades, para comprenderlos a partir de su modo de ser. Berlin le llama "penetración por la imaginación" o "comprensión imaginativa" y significa tratar de percibir y captar qué es el otro, cómo vive, cómo siente lo que le sucede, qué sentido tienen para él sus propias palabras, movimientos y gestos.

21. Pero comprender no es juzgar, dice Berlin. Hay que captar a los otros por sus atributos pero no medirlos ni compararlos con los nuestros. Se trata de culturas diferentes, de patrones distintos y nosotros debemos entender que responden a otros fines pues existen muchas metas diferentes que los hombres pueden perseguir y muchas maneras distintas de hacerlo, lo cual no los hace inferiores ni superiores. Hay muchas clases de felicidad, de belleza, de bondad y todas ellas responden a necesidades reales y a aspiraciones que caben adecuadamente en su circunstancia. Por lo demás, el error, la ignorancia, el vicio y la debilidad son realidades que forman parte de lo humano.

### Una propuesta humana

En este apretado resumen, lo primero que llama la atención es que Isaiah Berlin se opone a las tendencias dominantes del pensamiento occidental: determinismo, racionalismo, monismo, objetivismo. Se opone a las ideas de la verdad única, los valores y metas universales, la esencia humana eterna, una sola e inmutable ley o patrón de lo que todo lo demás sería una desviación, el progreso como meta, el triunfo de la razón, la utopía de una sociedad armoniosa y perfecta. Está convencido de que la forma de ser de los humanos no puede ir por esos caminos cerrados y estrechos, pues ello limita la creatividad y vitalidad humanas que requieren de las tensiones y conflictos para desarrollarse, así como de lo imprevisible, y ha visto que para poner en práctica las ideas de lo único, universal, eterno y absoluto, la historia se ha llenado de injusticia, opresión, falsedad, crueldad, servilismo, indignación y desesperación.

Por eso lo que Berlin propone es el pluralismo, la apertura, la aceptación de la diferencia y de lo no esperado ni planeado. Su obra es una lucha constante en favor de reconocer a otras culturas, a otros valores y a otros modos de pensar y de ser, pero esto no sólo por un idealista afán de tolerancia sino porque es suya la convicción de que esto es consustancial a la naturaleza humana y, por lo demás, necesario para su vita-

lidad y creatividad. El conflicto y la contradicción, así como las soluciones imperfectas y los caminos impredecibles, son elementos esenciales de la vida y no se les debe suprimir. Pero para poder vivir con ellos es necesaria nuestra participación: la responsabilidad frente a las cosas, la elección y, sobre todo, la búsqueda del equilibrio, por medio de la negociación para evitar a toda costa el sufrimiento humano. A Berlin no le interesa apoyar o promover ninguna doctrina o ideología —de allí que pueda estudiar a autores no sólo diferentes sino incluso incompatibles, así como temas tan distantes entre sí como la teoría del conocimiento y el nacionalismo—. Lo que le interesa es mostrar las opciones que tenemos, a fin de que al conocerlas, las entendamos y podamos elegir. Elegir, en tanto que esencia de nuestra libertad como humanos, es a su vez la esencia de su pensamiento. ¿Qué más respuesta a los dilemas políticos de la actualidad que la idea de que este mundo es un sitio en donde cabemos —o podríamos o deberíamos caber— todos y donde todos podemos vivir a nuestro modo y de acuerdo a nuestros valores y metas, un mundo que no suprime las diferencias sino que negocia y equilibra? ♦

### Bibliografía

#### De Isaiah Berlin:

- Árbol que crece torcido*, Vuelta, México, 1992.
- Conceptos y categorías*, ensayos filosóficos, FCE, México, 1992.
- Contra la corriente*, ensayos sobre historia de las ideas, FCE, México, 1992.
- El erizo y la zorra*, Muchnik Editores, Barcelona, 1981.
- Impresiones personales*, FCE, México, 1984.
- Pensadores rusos*, FCE, México, 1984.

#### Sobre Isaiah Berlin:

- Amador Bech, Julio, "La fuerza de las ideas", en Isidro Cisneros y Laura Baca (comps.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, tomo 2, Flacso-Triana, México, 1997.
- Jahanbegloo, Ramin, *Diálogo con Isaiah Berlin*, Muchnik Editores, Madrid, 1993.
- Krauze, Enrique, "La vigencia del temple liberal", en *Personas e ideas*, Vuelta, México, 1989.
- Magee, Bryan, *Los hombres detrás de las ideas*, FCE, México, 1993.
- Sorman, Guy, *Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo*, Seix Barral, México, 1993.
- Vargas Llosa, Mario, "Un héroe de nuestro tiempo", presentación a *El erizo y la zorra*.